De Siddharta a Buda, Génesis del inicio



“Jean-Luc Duez sembraba esta palabra, así trazada, por todo París. Aún ignoraba que, de tanto hallarla a mi paso, también se iba escribiendo en mí, hasta convertirse en este libro.”

Baptiste Ozenne

« Para aquellos que aún no saben que están en camino. »

El Príncipe
-
El Mundo

Capítulo 1

El que soy hoy
Era antes el rey de los elefantes.
Recordad bien el relato de un nacimiento anterior

(Chaddanta-jâtaka)

Érase una vez un príncipe, hijo de príncipe. Un príncipe destinado a tan grande futuro que su padre, el rey Shuddhodana, se asustó y lo escondió en una cárcel dorada. Les sabios lo habían predicho: en cuanto descubra lo feo, este príncipe ya no será príncipe de este mundo. Eso fue hace más de 2500 años.

Todo empieza con un sueño, un sueño maravilloso. Al norte de la India, dormida, la reina Maya, esposa del rey Shuddodana, vio un magnifico elefante blanco, dotado de seis defensas prodigiosas, ir hacia ella como navegando sobre una despampanante luz. Iba andando sobre rayos de sol, se acercó hasta fundirse con ella. La reina Maya despertó, serena y con una felicidad que hasta ese momento había desconocido.

Se precipitó, maravillada, a casa de su esposo para contarle ese sueño. Conscientes de que no se trataba de una simple quimera, fueron a consultar a los que saber leer más allá de las palabras.

Todos estaban de acuerdo:

“Majestades, este sueño es maravilloso, un presagio de los más favorables: la reina va a darle vida a un varón. Su futuro será excepcional. Será un gran hombre, y no solo un gran hombre para el reino, sino también para el mundo. ¡Es una bendición saber que nuestra reina lleva en su seno semejante criatura!”

El rey y la reina, emocionados, no podían estar más felices. El rey lo estaba aún más, pues el nacimiento de un varón haría su deseo realidad: su reino tendría heredero. Un rey, o mejor dicho un gran rey, su hijo, habría de sucederle.

Cuando vino la hora del nacimiento, la reina, según la costumbre, emprendió, acompañada de sus amigas, el viaje para poder dar a luz cerca de los suyos. Pero nada más partir, la reina sintió que la liberación estaba cerca. Guiada por el recuerdo de su sueño, se armó de sus últimas fuerzas para llegar a los bellos jardines de Lumbini, que no estaban muy lejos. Un niño excepcional había de nacer en aquel lugar excepcional.

La naturaleza, prodigio, le ayudó a la reina: un majestuoso árbol inclinó sus ramas para que la reina pudiera sujetarse con su mano derecha, los pajarillos se pusieron a trinar ligeramente, la hierba se volvió suave y bienoliente y los riachuelos empezaron a tintinear alegremente.

Cuando el niño salió, las sirvientas lo mecieron, y se quedaron sorprendidas frente a su belleza y tranquilidad. Algunas leyendas cuentan que hasta habría nacido del lomo derecho de su madre para evitar que sufriera. En ese mismo instante, una profunda paz irradió toda la Tierra. Los corazones de los hombres se llenaron de amor hacia el prójimo, y estos abandonaron, momentáneamente, sus querellas. Las fieras se comportaron como corderos. Para propagar semejante belleza, unos arcoíris adornaron los cielos.

En todas partes, los magos solo pudieron constatar esos prodigios maravillados. Y decían extasiados:

“¡Mirad estas señales ! ¡Mirad! ¡Admirad! Hoy es un día singular, un día único, un día que quedará grabado en la memoria de los hombres. Es un día feliz, un día de buenas noticias.”

Segura de que su felicidad era la de todos, la reina Maya cogió a su hijo en brazos y lo trajo al palacio de su padre.

Era una noche de luna llena, al principio del cuarto mes del calendario indio, justo antes del principio del verano (que para nosotros serian mayo y junio), en la región de Terai.

Capítulo 2

Fortunada la madre que tenga tal hijo
Bienaventurado el padre también
¡Alcanzará el Nirvana!

(*Vinayapitaka de los Mahîçâsaka*)

La vuelta de la reina y su hijo recién nacido al palacio se hizo en la alegría. Se hicieron sucesivamente fiestas suntuosas por todo el reino, para acoger al joven príncipe. Para rendirle homenaje a la alegría y a la paz que reinaban, al niño lo llamaron Siddharta: “el hombre por lo que todo bien a ocurrido”. Su nombre también significa: “el que ha alcanzado su objetivo”.
Las predicciones de todos los sabios entraban en harmonía: las señales que acompañaban el nacimiento del príncipe eran muy favorable.

“Vuestro hijo os superará en grandeza” le repetían al rey, llenándolo cada vez de orgullo. Y se ponía a soñar:

“Mi hijo no solo será el amo de este reino, sino también el del mundo entero. El honor de mi linaje está asegurado, nuestro nombre, el de los Gautama, será recordado por todo el mundo.”

Las visitas para rendirle homenaje al joven príncipe se seguían en el palacio. Se contemplaba a ese niño que habría de vivir semejante destino.

El hombre santo Asita, que vivía como un eremita allí donde nadie iba, vino en persona. La corte se quedó sorprendida al ver que Asita había salido de su retiro. ¡Menudo honor! El rey y la reina no sabían cómo mostrarle el respeto que le tenían y le exigieron al venerable que les comunicara la razón de su venida.

“Su bienvenida me honra, les contestó. No podía ignorar semejantes señales: un hijo vuestro ha nacido y todo indica que su ciencia será la más grande que ningún mortal haya tenido nunca. También he venido para contemplarlo. Permitan ustedes que lo vea con mis propios ojos.”

Esta petición les hinchó al rey y a la reina el corazón de orgullo. Estos, con mucho respeto, le trajeron el niño. El rey lo cogió y lo llevó hasta los ojos del hombre santo. Y en ese mismo entonces, este se puso a llorar en silencio, lo cual les produjo al rey y a la reina gran sorpresa y pena. Frente a esas lágrimas y esos suspiros al cielo, el rey y la reina se asustaron. ¿Era Asita el único que había tenido un nefasto presagio? Su ciencia era más profunda que la de todos los demás magos. Lo acometieron con preguntas para averiguar si todos los que le habían predicho un gran destino al joven Siddharta, se habían equivocado.

El rostro del sabio se llenó de ternura:

«No os atormentéis, les dijo, no temáis. Lloro por mi edad avanzada: cuando vuestro hijo cumpla con su destino, yo ya no estaré para verlo. Será un gran hombre, eso, os lo puedo asegurar. Lo veo en la luz que brota de sus dedos. Y si elige otra vía, será hasta más que un gran hombre

Si decide reinar después de vosotros, será el rey más grande de la historia de la humanidad. Le aportará a su pueblo paz y felicidad. Pero más grande aun será su destino si decide no reinar. Será el Amo, el que les abrirá corazones y almas, ensenara todo lo que ha de ser ensenado, les mostrará a todos lo que es vivir, lo que es estar lleno de amor, lo que es difundir amor y paz, será el hombre por el que la harmonía es posible.

Al ver las penas, la tristeza y los males, se irá de vuestro reino y entonces averiguará cómo ponerle fin al sufrimiento. Este saber, no lo guardará para él, sino que lo transmitirá a los que estén listos para oírlo."

Al decir estas palabras, las lágrimas del anciano se multiplicaron. Siguió diciendo:

"He estado buscando este saber durante toda la vida. Hoy, estoy contemplando al que lo transmitirá. Yo ya no estaré, pero ustedes, sus padres, alegraos de haberle dado al mundo semejante regalo."

El adivino miró al niño una última vez y se fue del palacio, andando con dificultad y con la espalda encorvada. Aunque el rey estuviera aliviado de que su hijo no corriera ningún peligro, la idea de que pudiera no subir al trono después de él, le resultaba insoportable. Antes de todo, tendría que ser un gran rey. Y solo cuando sea realmente mayor, que la paz reine en su país, entonces sí, podría convertirse en un sabio como Asita.

Pero que antes reine como rey, como el hijo de su padre.

Capítulo 3

Se decidió a partir
Porque su palacio era demasiado estrecho;
Como el cisne que abandona su hogar lacustre
Y deja tras él su hogar

(*Arahantavagga*)

Si Asita no podría recibir, algún día, las enseñanzas de Siddhartha, su madre, la que lo había traído al mundo, tampoco tendría ese privilegio. Ella murió cuando el príncipe aún era una criaturita. Al sentir que se estaba yendo de este mundo, le pidió a su hermana que la reemplazara y se ocupara de Siddharta.

“ Cuida de él, le rogó, sé la madre que yo ya pronto no podré ser.”

Y eso fue lo que hizo la hermana: quererlo tiernamente desde su tierna niñez. Lo crio como si fuera su propio hijo. Poco a poco, se transformó en un joven, de corazón y espíritu bellos, su fisionomía igual que sus cualidades. Se habían acudido a los mejores profesores para que le transmitieran su sabiduría. Sin embargo, no duraron mucho a su vera. Se quedaron maravillados por su inteligencia y lo bien que lo entendía todo, y le explicaron al rey que solo se habían necesitado unos cuantos días para que él ya supiera todas las lecciones que le tendían que enseñar. Es más, él ya no era el alumno, sino el profesor. Ellos decían:

“La sabiduría arde en él como un fuego candente.”

El rey no podía estar más orgulloso y tranquilo, ya que veía las cualidades obvias de su sucesor. Pero lo que realmente hacía que lo quisieran tanto, eran las cualidades de su corazón: siempre era amable, tierno, afectuoso, nunca entraba en cólera, se preocupaba por los demás, calmaba las querellas, despreciaba los celos, respetaba cualquier forma de vida. Cuando sus compañeros se divertían luchando y haciendo como si fueran soldados, Siddharta prefería estar solo para no volverse violento.

Los animales también eran sus compañeros, es más: eran sus amigos cuando estaba en los jardines del palacio. Ellos sabían, en lo más hondo, que él nunca les haría daño. Se acercaban a él, y compartían lo que les tenía que ofrecer. Eso también era cierto para las fieras que, sin miedo, venían hasta él y comían de su mano. Él nunca se olvidaba de ellas cuando se paseaba. Las contemplaba y entendía. No es de extrañar, por todo lo dicho, que uno de los primeros acontecimientos increíbles de su corta vida esté relacionado con los animales.

Nuestro príncipe, estaba sentado en el jardín del palacio, viendo cómo iba pasando un rebaño de cisnes blancos. Era un vuelo precioso, digno de esos pájaros majestuosos. De repente, una flecha atravesó uno de los cisnes. Herido, el pájaro cayó a los pies del príncipe con la flecha perforándole el ala. El espectáculo le era insoportable a Siddharta. Empezó por tranquilizar al animal, con un suave murmullo:

“ No temas, noble cisne, te voy a curar.”

Cuando el cisne, que estaba como loco enloquecido, dejó de temblar, el príncipe le cogió con delicadeza entre sus brazos y le quitó la punta mortífera. Le cubrió la llaga con un bálsamo calmante y se la tapó con su propia camisa para evitar que le empeorara o se le enfriara. Cuando apenas había acabado sus cuidados, llegó un niño de su misma edad corriendo, con un arco y flechas. Era Devadatta, el primo del príncipe, que sin aliento grito con orgullo:

“¿Has visto mi cisne? ¡He apuntado asombrosamente y he tocado uno! ¡A la primera!”

Entonces, boquiabierto, vio la flecha con su símbolo, aun sucia con sangre, a los pies de Siddharta. También vio que su primo tenía delicadamente un paquetón entre sus brazos. Casi se atraganta:

“ ¡Mi cisne! ¡Dámelo! ¡Es mío! ¡Quiero llevarme mi trofeo!

Como Siddharta no se movía, Devadatta intentó recupera al pájaro. Por primera vez, vio al joven príncipe aguantar y plantarle cara:

“Me he encontrado a este pájaro y lo he curado. Cuidaré de él hasta que sea necesario para que se ponga bien.

Devadatta no se dio por vencido, y fue hasta tratar a su primo de ladrón. La querella empeoró: el tirador estaba cada vez más furioso, el cuidador se mantenía firme. Entonces, Siddharta propuso tranquilamente:

“Cuando los adultos discuten, exponen sus argumentos frente a un tribunal. Ya no son ellos-mismos quienes deciden, sino la gente sabía que los ha escuchado. Hagamos lo mismo. Pidámosles a otros que decidan a quien le pertenece el cisne herido.”

Devadatta no estaba muy contento, pero al no poder proponer ninguna otra solución, aceptó. Juntos, volvieron al palacio y le pidieron consejo al rey. Comparecieron ante él y ante sus ministros. Muchos sonreían y encontraban ridículo que personas maduras perdieran el tiempo con une querella de críos, y encima por un ave. El rey, sin embargo, decidió:

“¡Que se reúna el tribunal! Es bueno que dos príncipes de sangre real conozcan el uso de la justicia. Así, se comportarán según las reglas.”

Uno después del otro, contaron lo que había ocurrido.

A los ministros les costó decidirse. Algunos pensaban: le pertenece al que le ha disparado al pájaro. Otros afirmaban: Siddharta se ha encontrado el pájaro, le pertenece por derecho. Charlaron durante un buen momento sin llegar a decidirse. El caso habría sido insoluble si no hubiera llegado un anciano de rostro impregnado de sabiduría, que nadie recordaba haber visto nunca. Después de haber escuchado todos los argumentos, el anciano hizo un paso hacia delante:

“La vida pertenece a lo sagrado, es el bien al que todo ser esta más apegado. Lo normal es que el pájaro le pertenezca al que a intentado salvarle la vida, y no al que ha intentado quitársela.”

Todos se pusieron de acuerdo sobre aquella decisión: el cisne le fue devuelto a Siddharta.

Cuando el rey quiso darle las gracias al viejo sabio, no hubo forma de hallarlo.”

Un misterio más en la vida de aquel niño tan poco ordinario.

Capítulo 4

Nada perturba su pacífica felicidad
Durante todo el tiempo de su larga vida.
Ya no hay hombres, ni mujeres

(*Dîrgha-âgama*)

Todo el mundo quería a Siddharta, porque era muy bueno. Esa virtud llenaba a su padre de orgullo, pero también lo preocupaba. Un rey también debe saber mostrar autoridad, debe saber tomar decisiones difíciles. Un rey debe ser fuerte. ¿Sabría este príncipe al que le gustaba soñar en el jardín, reinar? ¿Desearía reinar?

El rey recordaba la profecía de Asita. Temía ante todo que la santa integridad se antepusiera al poder. ¿Cómo retener a su hijo para que no partiera? ¿Para que no eligiera el camino del retiro espiritual?

El rey ya no podía siquiera dormir, tal era el terror que lo invadía. Su hijo tenía que ser aquel gran rey que le sucedería, y no ese sabio en el que también se podía transformar. Acabó pedirles consejo a sus consejeros más cercanos.

Estos le sugirieron el embrujo del amor: que el príncipe tomara esposa. Así dejaría de soñar en el jardín, desearía ver el orgullo en su mirada y trabajaría para ser digno de ella. Una mujer lo mantendría anclado en este mundo.

Esta idea le gustó mucho al rey. Organizó, según la costumbre, una gran fiesta para que el joven príncipe pudiera conocer a todas las jóvenes que podían aspirar a ser su esposa. Las damiselas nobles, todas muy jóvenes, casi niñas aun, estaban muy intimidadas: el príncipe debía darle a cada una de ellas un regalo al final de la fiesta. Toda la corte mantenía los ojos abiertos para ver cuál de ellas haría latir el corazón del príncipe. Ninguna se atrevió a mirarlo siquiera cuando les regalo una pulsera o una piedra preciosa. Ninguna, menos la última, que se adelantó con orgullo. Se llamaba Yashodhara: “la que trae gloria”. Su padre era Suprabuda, el soberano de un reino vecino. Su garbo y su belleza hicieron que, por primera vez, el príncipe mirara a la mujer al darle el regalo.

Fue un momento mágico: el príncipe y la princesa, de pie ante todos, se miraban en silencio, maravillados.

Fue ella quien se atrevió a hablar:

“Decidme príncipe, ¿qué regalo habéis elegido para mí?”

El príncipe se sobresaltó, como si saliera de un sueño, miro hacia abajo y se dio cuenta de que la mesa estaba vacía. Se quitó de la mano, sin dudar, el anillo más grande que tenía y se lo dio.

“Esto es vuestro” le dijo gravemente. Ella aceptó el regalo con un gesto de la cabeza, y volvió a su sitio.

Su preferencia era tan evidente que los ministros no tardaron en anunciarle al rey que ya se había encontrado a la futura esposa.

“Organizad la boda sin tardar, y vuestro hijo reinará en el nombre de Yashodhara.”

El rey Shuddhodana entabló las negociaciones con Suprabuda en el acto. Este último estaba convencido de las virtudes de Siddharta, pero deseaba lo mejor para su hija:

“Que sea organizado un torneo en el que participen todos los jóvenes que puedan pretender a la mano de mi hija. El que gane será digno de ser su esposo.”

El rey Shuddhodana no podía oponerse, pero aquella idea lo atemorizaba: ¿Cómo podría ganar su gran soñador de hijo? El príncipe intento tranquilizarlo:

“Estoy dispuesto a todo para obtener la mano de la hermosa Yashodhara.”

Capítulo 5

El soplo perfumado de una noche de amor
Vale más que cien años de meditación estéril

Ikkyû

Acabados los preparativos des torneo, se empezó con la prueba de tiro al arco, el arte del guerrero noble por excelencia.

Siempre se ha de apuntar lejos,
Mas allá del blanco.
Nuestro soplo, nuestro espíritu,
Caminan con la flecha.

Para demostrar lo que valían, todos los concursantes pusieron el blanco a gran distancia, y todos lo tocaron. El primo de Siddharta, Devadatta, que como ya recordareis, era un excelente tirador de arco, hizo aún mejor: dio justo en el blanco, y… hasta lo atravesó de par en par. Convencidos de que nadie lo haría mejor, los espectadores aplaudieron a más no poder. Yashodhara fue la única que no aplaudió; se tapó la cara y dejó que le corrieran las lágrimas. Lloraba al imaginarse el perder al que amaba para casarse con otro. Pero nada podía alterar la confianza que tenía en Siddharta. Cuando le tocó a él disparar, puso el blanco tan lejos que apenas se podía ver. Cogió una flecha de su carcaj, estiro tanto su arco que éste se partió en dos.

"Traedme otro arco, exigió, pero un arco sólido, de hombre, de guerrero."

Un gran silencio invadió la liza. Entonces, uno de los dignitarios que estaban hizo un paso hacia delante y dijo:

"Tal arco existe. Es un arco venerable, muy antiguo, que perteneció hace mucho al guerrero más valiente del reino. Desde que murió, nadie ha conseguido usarlo, ni tampoco tender la cuerda.

- Pues será mi arco, que alguien vaya a buscarlo."

Los espectadores se preguntaban; ¿estará loco Siddharta? ¿Se habrá vuelto vanidoso? ¿Acaso quería perder el torneo?

Se quedaron aún más asombrados al ver que Siddharta cogía el arco tranquilamente. Lo acarició y empezó a estirar la cuerda si el más mínimo esfuerzo. Cogió a continuación una flecha de su carcaj, la dispuso junto a la cuerda, y estiró tanto de ella que las puntas del arco se tocaron. De pronto, el zumbido ensordecedor del proyectil retumbó en aquel silencio, pues los espectadores ya no se atrevían ni a respirar. Su velocidad era tal que la flecha no solo atravesó justamente el blanco, sino que ni siquiera fue ralentizada por él.

Al ver tal cosa, los espectadores se levantaron todos a la par. Aplaudieron a más no poder al príncipe que acababa de ganar la primera prueba. Nadie lo podía negar.

La segunda arma era el sable. Uno no podía decir que era un guerrero si no sabía manejarlo con fuerza y precisión. Había que cortar un tronco de cuajo. Los concursantes no lo podrían haber hecho mejor. Los troncos eran cada vez más gordos: metro y medio, dos metros… La muchedumbre manifestaba toda su admiración. Le tocó al príncipe por fin. Este eligió dos troncos iguales. Actuó tan rápidamente que nadie lo vio ni siquiera desenfundar el sable. Solo el silbido sonoro era la prueba de que había usado el arma.

Un grito de decepción se oyó desde las tribunas: los dos árboles seguían en pie, el príncipe ni siquiera había conseguido tocar el primero. Yashodhara estaba desesperada. Entonces, una ligera brisa despertó: los dos árboles se balancearon y, lentamente, se derrumbaron.

La muchedumbre se levantó aclamando al príncipe: ¡qué corte tan limpio, tan espectacular! El príncipe había vuelto a ganar.

La última prueba era de hípica. Había que montar un caballo salvaje. El semental pegaba con el pie en el suelo, arremetía, embestía ; ninguno de los concursantes logro mantenerse sobre su lomo más de algunos segundos. Sin embargo, uno de ellos consiguió sentarse, y los servidores soltaron los bocados del caballo. Enfurecido, el caballo lo derribó al suelo e intentó pisotearlo. Si no lo hubiesen atendido tan rápidamente, habría muerto.

Esta prueba parecía insuperable, y hasta peligrosa. Los gritos del público se hacían cada vez más virulentos, pues deseaba anularla para no poner en peligro la vida de los jóvenes príncipes. Siddharta, sin embargo, se negó a abandonar. Se acerco al animal sin temor. Cuando todos habían elegido la fuerza, él escogió la ternura. Empezó por hablarle al caballo. Después, sin cesar de murmurarle, le empezó a acariciar la frente, la cabeza y los lomos. Estaba esperando pacientemente a que el caballo lo aceptara. Cuando éste le chupó la mano, Siddharta se montó a sus espaldas. El semental se dejó. Anduvo unos cuantos pasos, trotó un poquito, y se puso a galopar ante el jurado. Finalmente, pasaron delante de Yashodhara. Las aclamaciones volaban, el príncipe había ganado gracias a su destreza, su fuerza y su ternura. Yashodhara era para él. Se inclinó respetuosamente ante ella. No solo le había gustado, sino que también se la había merecido.

Capítulo 6

El desprendimiento es alegría y felicidad.
No tener odio hacia el mundo es cosa agradable.
No hacer daño a los demás también.

(*Vinayapitaka des Dharmaguptaka*)

Era hora de celebrar la boda. Los dos jóvenes se amaban verdaderamente, y el rey no quería que a su hijo le viniera el deseo de abandonar el reino.

Para celebrar dignamente la ceremonia, el rey no dudó: la costumbre decía que había que construirles un palacio a los recién casados, y Shuddodhana mandó construir tres, de lo más suntuoso que se pudiera imaginar. Los arquitectos no podrían haberlo hecho mejor: tenía que ser tal un paraíso. Así, el príncipe no pensaría en irse.

Decidieron construir un palacio por cada estación: mármol fresco rodeado de aguas claras y fuentes para el verano, tapices y hogares cálidos para el invierno, y un último refugio para la estación de las lluvias, desde donde se pudiera oír la lluvia sin temerla.

Se hizo todo lo posible para que aquellos palacios pareciesen un sueño inagotable: los mejores materiales, los mejores artistas, las mejores piedras… ¡Todo había de ser perfecto! Los cinco sentidos no dejaban de ser acariciados. Algunos músicos, escondidos, hacían que se oyera una música que no se sabía de dónde venía. Los pajes eran todos jóvenes y de gran belleza; si uno enfermaba o quedaba herido, tenía que abandonar el palacio de inmediato. Los manjares más delicados salían a todas horas, día y noche, de las cocinas. Al príncipe solo le hacía falta expresar un deseo para que este se hiciese realidad. El príncipe se perdía en aquel sueño. Vivió en él durante varios años, y no vio del mundo más que su cara más perfecta. No solo todo era bello para la vista, el oído, el tacto o el gusto, sino que nadie podía darle malas noticias al príncipe. Nada debía preocuparle o causarle pena.

Su sueño perduro hasta el nacimiento de su hijo Rahula. El rey estaba muy feliz: su linaje ya estaba asegurado, y a su hijo le gustaba la vida que llevaba. ¿Pero qué vida era esa? Una vida de mentiras, de ilusiones, de puro ocio. ¿Se contentaría Siddharta con esa existencia tan fútil? ¿Escaparía del gran futuro al que lo habían predestinado?

Capítulo 7

Entonces, aparecieron los nombres de
« soberano »
Y de « pueblo »

(*Dîrgha-âgama*)

Una noche en que el príncipe estaba particularmente ocioso, con la cabeza reposando en las rodillas de su esposa y escuchando los cantos et las risas de los músicos y los sirvientes, Siddharta sintió cierta insuficiencia. Cada día se parecía al de antes, y anunciaba el siguiente. Se giró hacia una de sus cantantes favoritas, y le preguntó:

"Cántanos una canción que no hayamos oído nunca. Asómbranos. Haz que tu voz nos meza con una melodía nueva."

Después de un instante, su voz se alzó, improvisando una melodía sobre las bellezas del mundo y los reinos extraordinarios que se encontraban en los rincones más remotos del universo. Países donde las piedras se cogen de árboles, donde los caminos son de oro, donde sorprendentes animales pueblan las llanuras y los bosques. Ella bordaba con palabras, acompañada de su cítara, que sacaba de los recuerdos de su país natal et de las tierras que había recorrido.

El príncipe estaba encantado, un mundo nuevo se habría ante él. Acabada la canción, le preguntó a la música:

"¿Acaso te lo has imaginado todo? ¿Acaso los sueños que evocas son quimeras maravillosas? ¿Existen tales lugares? ¿Existe otro paraíso que no sea este palacio? Si tales lugares son reales, dime más, te lo ruego, para que yo ya no sea tan ajeno al universo."

Ya más tranquila, la joven música se atrevió a hablar y, por primera vez, el príncipe escuchó unas palabras veraces:

"O príncipe, vuestros palacios son de los más bellos que hay en este mundo y vuestros jardines son sublimes. Pero hay en el mundo muchas más otras maravillas: montañas, ciudades, campos, hombres de otros colores, que hablan diferentes idiomas y llevan ropas extrañas. Yo he visto esas maravillas, o por lo menos ha oído hablar de ellas. Vuestro reino es magnífico, pero otros reinos también lo son, aunque de manera diferente. Hay tanto que descubrir más allá de vuestras paredes."

Al oir eso, al príncipe le vino la voluntad de salir del palacio. Por primera vez, vio sus paredes como una cárcel. El mundo no se acababa a esos palacios y a esos jardines. El era feliz allí, pero su felicidad era la de un ignorante. Esa belleza lujosa y fútil le pareció de repente insoportable.

Le mandó un mensaje a su padre un mensaje, en el que le pedía que organizara una visita a la ciudad. Si algún día iba a ser rey, tenía que conocer la ciudad.

El rey solo podía inclinarse ante su voluntad. Al fin y al cabo, su hijo se había quedado tanto tiempo encerrado... ¿No era esto también la señal de que se empezaba a interesar por su reino y su futuro título de rey? Tomó una decisión: que conozca lo que algún día había de gobernar.

Capítulo 8

¿Qué es el declive que se debe a la vejez?
Un hombre viejo, cargado de años,
Cuya vida llega a su fin…

(*Nidânasûtra*)

Aunque el rey estuviera dispuesto a dejar que su hijo saliera del palacio, no iría hasta mostrarle el reino entero. Guardaba en mente la profecía. Le enseñaría su ciudad, pero una ciudad de leyenda, para que nada perturbe su mente. Tal y como en sus palacios, no habría nada feo, ni enfermedades ni muerte. La gente sería alegre y no dejaría de reír. Kapilavastu sería tal y como el castillo: perfecta y mentirosa.

Se empapeló toda la ciudad con carteles, mensajeros iban gritando por la ciudad:

"Por orden del rey, y para la visita del príncipe, las casas deberán de ser decoradas, las calles floridas, las porquerías escondidas. Que la ciudad desborde de colores. Que los jóvenes salgan a la calle, y que los enfermos y los ancianos se queden en su casa."

Unos soldados los llevaron bien lejos en un barrio de la ciudad que el príncipe no visitaría.

Llegado el día, Channa, el cochero de más confianza, atoo al caballo favorito del príncipe, Kanthaka y… Siddharta cruzó las rejas doradas de su cárcel.

Por primera vez en toda su vida, Siddharta veía Kapilavastu. Por primera vez en toda su vida, los habitantes de Kapilavastu veían a su príncipe. Por todas partes, la emoción era notable. Los vecinos habían decorado su ciudad con colores vivos y alegres, aclamaban a su príncipe y se quedaban maravillados por su belleza. Ese hombre seria de veras algún día su rey. Estaban todos muy orgullosos. Los gritos de alegría se oían por todas partes.

Para el príncipe, el sueño continuaba: sa ciudad brillaba como su palacio, la gente estaba feliz, y los rostros aureolados de verdaderas sonrisas.

Pero, a la vuelta de una esquina, en medio de la muchedumbre, el príncipe vislumbró a un anciano. Iba con la espalda encorvada, el paso tambaleante, y el rostro lleno de tristeza. Siddharta se quedó pasmado por aquella visión.

"Dime, Channa, ¿quién es este hombre? ¿Por qué no está erguida ¿Por qué no baila? ¿Por qué está su rostro tan arrugado, gris, como deslavado? ¿Por qué este hombre no se parece a los demás?

- Pues porque este hombre es muy mayor, contestó sencillamente el cochero."
- ¿Mayor? ¿A qué te refieres? ¿Acaso lleva así toda la vida? ¿O cómo ha llegado a parecerse a eso?
- Es que todo el mundo envejece, príncipe. Este hombre se parecía a nosotros antes, y poco a poco, su piel ha ido arrugándose, y su espalda encorvándose. Es el peso de los años. Recae sobre todos los hombres. Hoy, rio y corro, mañana, seré ese hombre, triste y con dificultades para andar. Vos también llegareis a perder vuestro porte y vuestra alegría cuando lleguéis a tener la edad de este anciano."

El príncipe estaba perturbado por tales palabras. Se imaginaba a su mujer y a su hijo envejecer, acorralados por el dolor, feos; su padre lo sería aún más pronto. Se vio a si-mismo, mayor, con la cara arrugada, el paso tambaleante, la vista turbia. La tristeza lo invadió. Durante un largo momento, no pudo hablar.

Al fin, se dirigió a Channa:

“Alejémonos. Esta tristeza en medio de tanta alegría me es insoportable. No puedo ver más.”

Su leal cochero le obedeció de inmediato et llevó al príncipe al palacio.

Nada más cruzar las puertas del palacio, Siddharta corrió hasta su habitación y de encerró. Este comportamiento tan inhabitual preocupó a toda la corte. Su mujer, sus servidores, sus artistas, todos intentaron divertirlo, en vano. Es más, aunque su cocinero le preparara su plato favorito, él ni siquiera se acercó, rechazando probar cualquier comida.

No se cansaba de murmurar una palabra: “vejez, vejez, vejez…”

Capítulo 9

Sea lo que sea lo que desean los humanos
Allí donde se encuentra el placer en este mundo,
Lo poseo todo en abundancia.
Te daré lo que más quieres

(Chaddanta-jâtaka)

El padre de Siddharta estaba muy preocupado por el estado de su hijo. Para darle un poco de alegría, le propuso una segunda salida a la ciudad:

"De veras, mi hijo necesita divertirse, se ha quedado demasiado tiempo enjaulado y se aburre".

¡Vaya decisión más fúnebre por parte del padre! Y es que, durante esta segunda salida, el príncipe vería otro mal de la humanidad. Avanzaría así en dirección de su destino.

Aquella visita se preparó con aun más cuidado que la primera. Nada tenía que ensuciar el encuentro entre el príncipe y su pueblo.

Channa preparó el carruaje que tiraría Kanthaka. Siddharta volvió a cruzar las puertas del palacio.

La muchedumbre gritaba de alegría al volver a ver a su príncipe. Sin embargo, Siddharta no vio, en medio de aquella muchedumbre, más que a un solo hombre: un enfermo, un hombre joven que tosía, temblaba, tenía los pómulos rojos y la tez pálida.

"¡Mira, Channa, pero mira! ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué tiene esa tez roja y blanca? ¿Y por qué tiembla? ¿Por qué le cae ese sudor por la cara si ni siquiera está corriendo?

- Ese hombre, príncipe, está enfermo.
- ¿Enfermo? ¿A qué te refieres?
- Este hombre tiembla, suda y tiene los pómulos rojos porque tiene fiebre.
- ¿Peo por qué está enfermo?
- Pues a veces los hombres enferman, porque no soportan un alimento, o porque están demasiado cansados o porque se enfrían al no llevar suficiente ropa en un día de fuertes lluvias.
- ¿Quieres decir que cualquier hombre puede enfermar? ¿Hasta los más felices?
- Sí, mi príncipe, el enfermar no depende del humor o de la riqueza. Un día, uno está en plena forma y al día siguiente se levanta temblando de fiebre."

Siddharta se quedó estupefacto al oír esas palabras. Aún más que cuando oyó hablar de la vejez, porque esta parecía ser un camino progresivo, en cambio, la enfermedad podía llamar a la puerta de uno en cualquier momento, y sin razón.

" ¿Y consiguen los hombres ser felices aun sabiendo que pueden enfermar al instante que sigue?"

Channa sonrió, pero no contestó.

"Vuelve a llevarme al palacio, por favor. Esto es más de lo que puedo soportar."

Durante varios días, Siddharta no pudo decir palabra. Ya no reía, ni comía, evitaba a su mujer y a su hijo. Se quedaba en su habitación o en el jardín, solo, murmurando.

La situación parecía tan grave que el rey reunió al consejo. Los ministros aconsejaron que la próxima salida estuviera estrictamente enmarcada: le carro donde iría el príncipe estaría rodeado de sus músicos preferidos, para que no oyera el ruido del mundo. Las calles serian decoradas por artistas del palacio y ya no por los habitantes mismos. No habría ningún descarrilamiento, sino una barrera entre el príncipe y su ciudad. Sin embargo, el rey tomó una

mala decisión: intensificó más aun los placeres de los cinco sentidos del príncipe, de día como de noche.

Capítulo 10

Este cuerpo es como una burbuja de espuma en el agua.
Por su fragilidad,
¿Quién puede ser feliz ?

(*Sûtra*)

Pero Siddharta había de cumplir su destino. Al ir más alto que nadie en su carro, podía ver lo que nadie más podía. Y a lo lejos, tras la muchedumbre sonriente que bailaba, el príncipe vislumbró un grupo de hombres que iban lentamente, llorando tras una camilla recubierta por una gran sábana blanca.

"¿Qué es eso, Channa? preguntó el príncipe. ¿Por qué esos hombres no bailan con los demás?

- Es un cortejo fúnebre, mi príncipe.
- ¿Un cortejo fúnebre? Pero un cortejo suele ser alegre… ¿A qué te refieres? Dime.
- Uno de sus parientes o amigos ha muerto. El muerto es lo que hay bajo la sábana blanca. Lo llevan a la hoguera, cerca del río para los ritos funerarios. Lloran porque están triste: no lo van a volver a ver nunca más. En un momento, lo quemarán y ya no quedará de él más que ceniza.
- ¿Muerto? Me dijiste, al hablarme de la enfermedad y de la vejez que todo hombre podía padecerlas, ¿acaso ocurre lo mismo con la muerte? ¿Quieres decir que todos, algún día, no seremos más que cenizas, y lloraremos la muerte de un ser querido? ¿Puede ser que algún día pierda yo a mis amados hijo y esposa?

Entonces, tranquilamente, Channa le explicó el ciclo de la vida: de la criatura al niño, del niño al hombre, del adulto al anciano y a la muerte. Le recordó que había sido criado por su tía y no por su madre, pues esta había muerto siendo él muy joven. Pues la muerte no solo afecta a los ancianos al final de sus vidas, sino también a los jóvenes que caen tras enfermedades o accidentes. Aunque algunos hombres se libran de la enfermedad o de la vejez, todos mueren.

Siddharta estaba aturdido. También estaba enfadado: ¿por qué bailar, comer exquisitos platos, cubrirse de joyas, vestirse con la seda más fina, si al fin y al cabo todos acabarían recubiertos en una sábana blanca y quemándose en una hoguera? ¿Acaso los hombres eran inconscientes? ¿Acoso habían olvidado a su muerte próxima? ¿Acaso se divertían para olvidarse de ella? ¡La vida solo era vanidad! Cansarse para morir.

Le pidió a Channa que lo llevara al palacio, necesitaba reflexionar.

Capítulo 11

La enseñanza del maestro es muy difícil,
Dejar su hogar y estudiar la Vía,
Eso también es muy difícil. […]
Ninguno de tus parientes o amigos deseaba que te fueras
para estudiar la Vía,
Tu padre y tu madre lloraban y se lamentaban,
Tristes y afligidos
No te dejaron dejar tu hogar para estudiar la Vía

(*Râstrapâla-Sûtra*)

Esta vez, su cochero no le obedeció. Lo llevó a un jardín de delicias, que era el punto culminante de la salida que el rey había previsto: habría cantantes, bailarines, fuentes, platos refinados. Siddharta no logró sonreír. Tampoco logró hablar. Pensaba en lo que Channa le había enseñado.

Cuanto más se esforzaban los comensales para divertirlo, peor era el estado de Siddharta. Sus ojos no podían ver más que ancianos, enfermos y muertos. La vacuidad de esa alegría lo atravesaba como una dolorosa punza.

¿Acaso era el único que lo veía? Ellos que bailaban, cantaban y bebían a su alrededor, ¿acaso no entendían lo que algún día padecerían? ¿Acaso ignoraban que la muerte los anonadaría? A absolutamente todos.

Uno de los ministros más cercanos del rey vino a verlo:

"Mi príncipe, sois bello, joven, vigoroso. ¿Por qué no os divertís? El día vendrá en que habrá que ponerse serio y severo. ¡Dejaos llevar por la belleza de estas jóvenes bailarinas!"

Siddharta no pudo aguantar más.

"Puede que esta vida fútil os baste a vos. Pero en estas jóvenes bellezas, yo veo a futuras ancianas, con el rostro arrugado, las piernas incapaces de levantarse, las sonrisas sin dientes, la boca incapaz de comer. Ancianas que habrán perdido o visto sufrir a muchos que los que amaban, y que sufren al no haber podido ayudarles. El futuro nos prohíbe ser felices, ahora.

¡Admiro la capacidad que tenéis para divertíos conociendo los peligros que os acechan!"

Frente al tono oscuro y dolorido del príncipe, la fiesta había acabado. Todos se fueron tristemente. Los ministros le comunicaron al rey el estado de su hijo, lo cual lo llevó al desespero. ¿Acaso se acercaba el momento en el que el príncipe ya no querría ser el futuro monarca?

Capítulo 12

Es en lo más negro de las noches,
En donde brotan las auroras

Roi Vikram *(atribuido a)*

La tristeza del príncipe iba empeorando. Ya nada lo hacía sonreír. Se desesperaba a él y a todos los que lo querían. La melancolía lo iba llevando poco a poco hacia el desespero. Todo le daba pena. Ya no hablaba, comía apenas, la sonrisa había abandonado su rostro. Veía a las bailarinas no como eran hoy, sino como serían al volverse viejas. Tenía visiones de sus palacios en ruinas. El jardín ordenado ya no era más que una futura jungla. Todo le daba asco.

Fue a ver al rey:

"Permítame salir una vez más del palacio."

El rey aceptó. Su hijo debía recobrar la alegría de vivir. Se les mandó a los ministros vigilarlo de muy cerca.

Siddharta ensilló él mismo su caballo. Se fue de aventuras, buscando consuelo en los bellos paisajes. No escuchaba las conversaciones de sus guardias. Estos acabaron por alejarse para charlar libremente. El príncipe llegó hasta un rancho, admirando a un hombre que labraba su campo con la ayuda de sus bueyes. Por primera vez en mucho tiempo, sintió una paz interior: los canalillos rectos de la tierra, las praderas verdes, la harmonía de la naturaleza. Pero su dolor volvía poco a poco al ver el fruto del trabajo del hombre. Una multiplicidad de gusanillos e insectos habían sido cortados por la hoja de la ladro. La muerte iba persiguiendo al trabajo del campesino. También vio a los pájaros aprovechar y precipitarse para comerse a los bichitos muertos. Otros, más pequeños, volaban angustiados al ver los rapaces volar por encima de ellos.

También eran los bueyes los que sudaban abundantemente, cansados por su difícil trabajo. Les sangraba el lomo a causa de los latigazos del granjero que les ordenaba avanzar sin descanso. Él tampoco era más feliz que su ganado: tenía la piel quemada y las manos doloridas.

El príncipe vio allí un círculo vicioso, donde cada uno pensaba trabajar para ser feliz, cuando en realidad se estaban matando los unos a los otros. Se hacían daño. El mundo, decididamente, era horrible. Solo podía compadecer a esos hombres y animales. Rebosaba compasión por esa vida de miseria.

Se sentó a la sombra de un majestuoso árbol, un manzano rosa, para reflexionar. Cuando más contemplaba a la naturaleza, más tranquilo se quedaba y más clara estaba su mente. Fue sintiendo progresivamente una paz que nunca había sentido.

Con el cuerpo y la mente tranquilos, se puso a pensar:

"Todas estas creaturas van en busca de la felicidad. Pero se equivocan en cuanto a la manera de alcanzarla. Están ciegas. Y su ceguera los lleva a la miseria y al desespero. Solo obtienen miedo, hambre, vejez y la muerte."

Al concentrarse aún más, le resultó evidente que los pequeños placeres ya no tenían ningún interés para él. Todo lo que no durara, lo que fuera pasajero, había de ser dejado.

"Debo encontrar lo que hace llegar a la felicidad durable. Y no solo para mí, sino para todos los seres vivos. Debo descubrir los que permite dejar de sufrir."

Era su primera meditación, una meditación llena de compasión, de amor por todos los seres, hombres o animales. Al estar él en paz, abrió los ojos. Vio a un hombre frente a él. Aunque fuera vestido como un vagabundo, sus ojos estaban llenos de alegría.

"¿Quién sois? Preguntó el príncipe.

- Un hombre que estaba asustado y que ha dejado su casa y la compañía de los hombres para vivir en la naturaleza, en paz."

Apenas hubo dicho estas palabras, desapareció, como por encanto. Después de haber descubierto los principales aspectos del sufrimiento humano (vejez, enfermedad y muerte), descubrió la serenidad del que había renunciado a todo: el asceta.

El príncipe rebosaba de alegría, lo había encontrado, por fin. Él también iba a irse, dejar su casa, su mujer, su hijo, para encontrar el camino de la felicidad. Sería libre como el viento. Se fue al palacio. Había tomado una decisión.

El asceta
-
El camino

Capítulo 13

No mires desde lejos
No mires desde cerca.
La hostilidad no se cura
Con la hostilidad

(*Vinayapitaka des Theravâdin*)

En cuanto volvió, fue a ver a su padre:

“He comprendido cual es mi vía. Os ruego que me dejéis partir, solo, sin medios, para descubrir cómo puedo acabar con el sufrimiento.”

Ya estaba, era en momento que el rey llevaba temiendo desde que había nacido su hijo. Sin embargo, aquellas palabras fueron para él como una sacudida. Después de un instante, le contestó:

“Eres demasiado joven, hijo, para seguir la vía de la santidad. Mas vale que te quedes aquí y que gobiernes conmigo. Tu sitio estaa a mi lado. Antes debes servir a nuestro pueblo.

- Padre, me quedaré si podéis hacerme cuatro promesas: que no enfermaré nunca, ni envejeceré, ni moriré, ni nunca seré un desgraciado. Si no me podéis pormetérmelo, me iré.”

Esas palabras escandalizaron al rey. Entró en cólera:

“Tus palabras son las de un loco, hijo. Has de volver a la razón. No dejaré que hagas cualquier cosa. »

Pero Siddharta se resistió.

“Quiero descubrir la manera de ponerle fin al sufrimiento. Encerarme no servirá de nada.”

La resolución del príncipe no le hizo cambiar de idea a su padre. Llamó a sus guardias:

“Vigilad bien a mi hijo. No ha de salir del palacio. Que los soldados rodeen las murallas.”

Al decir esas palabras, salió de la estancia, lleno de ira y de cólera, sin una mirada para su hijo, que no entendía nada.

Capítulo 14

Opresión es la vida en casa,
Ese camino polvoriento
Al aire libre vive el asceta errante

(*Majjhimanikâya*)

.

Siddharta volvió a su propio palacio. Su belleza ya no le afectaba: ni los suntuosos tapices, ni los sirvientes magníficos, ni la suave música. Sentía desapego por todo lo que veía. No tenía más que una idea en mente: partir.

Un fenómeno extraño ocurrió aquella noche. Todos, sirvientes, guardias, cortesanos se durmieron. Hasta su mujer con su hijo en brazos se fue pronto al reino de los sueños.

"Que duerman, pensó Siddharta. Yo me voy. Y para eso necesito tener la mente clara. "

Por última vez, quiso tener a su hijo en sus brazos. Pero, al verlos estrechamente abrazados, comprendió que no podía tocar a su hijo sin despertarles. Y entonces, ¿cómo iba a irse? Si le resultaba fácil dejar los decorados suntuosos y los deliciosos manjares, le era más difícil abandonar a los que quería.

Sin hacer ruido avanzó hasta la ventana más próxima a los dos seres que más amaba, la entreabrió y se dejó deslizar hasta el suelo . Siempre tan sigilosamente, fue al encuentro de Channa para que ensillara a Kanthaka.

Aunque sorprendido por semejante demanda en medio de la noche, su cochero hizo inmediatamente lo que le había ordenado su príncipe.

Siddharta susurró al oído de su fiel corcel.

" Despacio, viejo amigo, tenemos que partir sin ruido. Nadie debe saber que nos vamos."

Y entonces, otro milagro, cuando estaban llegando al portón, éste se abrió de par en par sin intervención humana. Pudieron llegar hasta la ciudad sin encontrarse con nadie. El universo velaba sobre el proyecto de Siddharta.

Una vez llegados a las afueras de la capital el príncipe hizo una promesa:

"No regresaré aquí mientras no haya encontrado el medio de poner fin a todo el sufrimiento."

Cabalgaron toda la noche. A la madrugada llegaron a un bosque conocido por albergar a numerosos eremitas, hombres que vivían en soledad. Siddharta habló por primera vez desde que había salido del palacio.

"Channa, aquí es donde se separan nuestros caminos. Regresa al palacio con mi caballo, yo prosigo mi viaje."

Channa intentó protestar, desamparado, inquieto por el príncipe. También tenía miedo por sí mismo ¿qué iba a decir el rey?

Sus ojos se llenaron de lágrimas; lleno de emoción, no conseguía hablar.

"No temas nada, amigo mío. Toma, coge mis joyas. A partir de ahora, no me sirven para nada. Ve a ver a mi padre, dile que no estoy enfadado, que le amo. Es porque le quiero mucho por lo que tengo que irme. Mis parientes volverán a verme si hallo la manera de vencer al sufrimiento. Más vale separarse ahora, sino la muerte lo hará tarde o temprano."

Channa comprendió que no lograría hacer cambiar de parecer a Siddharta. Cogió a Kanthaka de la rienda y se volvió lentamente. No podía dejar de darse la vuelta constantemente, con la esperanza de ver a su príncipe cambiar de opinión. su misión le abrumaba: anunciar a todos que Siddhâta había abandonado su vida de príncipe.

Capítulo 15

Su templo tiene las nubes por techo
Y las montañas por pilares.
Es libre como el viento
Y recorre la tierra sin trabas,
Borrando sus huellas
Por los profundos valles.

P. Fauliot

Lejos en el bosque, en medio de la nada, Siddharta no cesaba de repetirse: " ya no soy príncipe". vio claramente que debía abandonar todas las marcas que lo designaban como tal. Se dirigió hacia un jazmín de grandes flores, tomó un cuchillo y cortó su larga cabellera. Se cruzó con un cazador: " Amigo, mis ropas ya no me sirven en mi nueva vida, acepta que hagamos un cambio."

El hombre se mostró encantado: podía vender a buen precio esa seda tan fina y el cinturón tejido con hilos de oro. Podía sacar más de cien barras de plata.

Vestido como un hombre del pueblo, Siddharta comenzó su nueva vida, mendigando su comida. Jamás tuvo hambre. Todos, por muy pobres que fueran, eran felices al darle, quién un mendrugo de pan, quién un fruto, maravillados por la luz que de él emanaba.

Buscaba un maestro que le enseñara la verdad. Siguió numerosas enseñanzas, pero, aunque aprendía mucho, se sentía insatisfecho. Eran conocimientos, no el camino de la sabiduría. Tan pronto como oía hablar de un sabio notable, salía en su busca, ansioso de aprender. No dudó en irse muy lejos.

Así, anduvo hasta el reino de Magadha. El rey Bimbisâra iba en busca de la sabiduría. En su juventud había formulado cinco deseos: suceder a su padre en el trono, conocer a un sabio, un Buda, cuando fuera rey, ver en persona a un Buda, acercársele y hacerle ofrendas, tener pensamientos de alegría y oír la buena Ley, saber reconocer la Buena ley inmediatamente al escucharla.

En cuanto oyó hablar de ese mendigo, el rey supo que no era un asceta ordinario. Sintió en su corazón que eso correspondía a la realización de cuatro de sus deseos. No aguardó a que Siddharta llegase a su capital. Rajagrha. Salió a su encuentro primero a lomos de elefante, luego andando para subir por la montaña hasta el sabio.

Vio a un mendigo que pedía con hojas de nenúfar, sin tener siquiera un cuenco para la limosna. Charlaron largo y tendido. Una vez, dos veces, el rey volvió a menudo para escucharlo. Cautivado, acabó pidiéndole que se convirtiera en su consejero y que le ayudase a gobernar. Una vez más, el poder temporal le era propuesto a Siddharta, una vez más lo rechazó. " El poder y el dinero no me interesan, Señor. Vuestra propuesta es muy generosa, pero yo solo busco avanzar por el camino de la sabiduría. No os lo toméis a mal, esta oferta ya me fue hecha en el pasado y mi respuesta fue la misma. No pretendo reinar. Si he venido a este reino, es porque he oído decir que numerosos sabios habitan en él. Podrían ser mis maestros y ayudarme a progresar."

el rey se inclinó profundamente ante el mendigo:

" Seguid vuestra ruta, siempre seréis bienvenido aquí. Si cambiáis de parecer, un trono os estará esperando. Si halláis vuestra respuesta, seréis bien acogido igualmente y todos nosotros seremos felices de si nos enseñáis la vía."

Después de haberle dado sinceramente las gracias, Siddharta emprendió el camino.

Capítulo 16

Mi casa no está sucia por el polvo del mundo
y en sus cuartos vacíos me sobra el tiempo para meditar.
He dejado atrás para siempre la vida enjaulada
y he regresado al fin al seno de la naturaleza.

Tao-Yuanming

Siddharta acabó por encontrar el bosque en el que vivían los sabios de cuyas enseñanzas había oído tantos elogios.

Escuchó a Arada, después a Udraka. Aprendió muy rápidamente todo lo que podían enseñarle. Seguía sintiéndose insatisfecho. Por fin comprendió:

" Es en mí en donde tengo que encontrar lo que me permita poner fin a todo este sufrimiento. La enseñanza no me vendrá del exterior."

anduvo y anduvo durante mucho tiempo, lejos, muy lejos, hasta el monte Cabeza de elefante. un día, alcanzó el rio Nairanagana, cerca de la ciudad santa de Gayâ. en el bosque que bordeaba el pueblo de Uruvilvâ, conoció a cinco hombres. Vivían como ascetas: comían poco, vivían al aire libre, permanecían sentados largas horas sin moverse.

Sorprendido, les interrogó: " ¿Por qué os infligís tales sufrimientos?

"Los hombres creen que el placer les permite evitar los sufrimientos, y siguen sufriendo a pesar de todo. Aprendemos a dominar el sufrimiento para no sentirlo más."

"¿Podría ser esa la solución? se preguntó Siddharta. He vivido en el placer durante largos años, he dormido en camas mullidas con sábanas de seda, he saboreado los manjares más refinados. Ya he abandonado todo eso, pero quizás no haya ido lo suficientemente lejos. No basta con renunciar, hay que afrontar el sufrimiento."

"¿Me aceptaríais entre los vuestros?" les preguntó humildemente.

A partir de ese día, el año de sus veintinueve años, se sometió a la dura disciplina del grupo. Los ejercicios le hacían sufrir constantemente: sentado durante largas horas en el mismo lugar sin mover ni un músculo. Su espalda, sus piernas, todo le resultaba doloroso. Ni el sol ardiente, ni las violentas lluvias de los monzones, ni los vientos helados del invierno eran pretexto para no estar sentado, allí.

Comía justo lo necesario para no morir. Se decía:

"Tengo que perseverar, ir hasta el final para vencer al sufrimiento."

Sus compañeros no se lo podían creer. Había empezado después de ellos, pero iba mucho más lejos. Se decían:

" Si alguien lo logra, ése será él. Permanezcamos a su lado para que no enseñe cuando haya conseguido vencer al sufrimiento."

Durante seis años, Siddhâta perseveró, redujo cada vez más la cantidad de comida y de sueño. Ya no, era más que piel y huesos. Su delgadez era tremenda. A veces se quedaba sentado tanto tiempo que el polvo le cubría. Era difícil distinguirlo, entonces, de la vegetación que le rodeaba.

Iba a cumplir treinta y cinco años cuando se interrogó:

"¿He avanzado desde que abandoné el palacio? He perdido años de mi vida en el lujo inútil. Pero he perdido otros tantos sometiendo mi cuerpo a torturas sin motivos."

A continuación, se acordó de un instante maravilloso de su vida, aquel en que, sentado contra un árbol, una calma profunda le había invadido mientras pensaba en el cadáver que acababa de ver.

" Debo encontrar una vía que no sea la del placer ni la del sufrimiento: un camino entre esos dos excesos. sigamos meditando para ver lo que podría ser."

Fue hacia el rio y se quedó horrorizado al ver su propio reflejo en él:

"¿Cómo he podido despreciar mi cuerpo hasta tal punto? Estoy sucio, agotado, débil. Se me ven todos los huesos. ¿Cómo podré meditar si ya no tengo fuerzas?"

Con dificultad se arrastró hasta el agua y se limpió. Estuvo a punto de ahogarse cuando se bañaba, pero los lotos velaban por él y lo llevaron hasta la orilla. Entonces, optó por descansar.

Capítulo 17

No sé qué es la vida, tampoco la muerte
Más allá de las puertas del cielo o el infierno,
Estoy de pie y a la luz de la luna
Asomo libre de las nubes del apego

Uesugi Kenshin

Cerró los ojos. cuando volvió a abrirlos vio un cuenco a sus pies. Una joven, Sujâtâ, lo había dejado allí. ella vivía con su marido cerca del bosque. El primer hijo de ambos acababa de nacer. Para& agradecérselo a los dioses, ella había preparado un delicioso postre. Había venido a depositarlo como ofrenda a las divinidades del bosque. Al ver a Siddharta, tan hermoso y tan delgado, pensó que era el espíritu de un árbol.

Conmovido, Siddharta tomó el cuenco lenta y silenciosamente, una sonrisa iluminó sus labios. Cuanto más bebía, más luminoso se volvía su cuerpo. La joven pastora estaba deslumbrada.

Él le dio las gracias humildemente:

" Me creíais un dios, solo soy un hombre. Me habéis devuelto las fuerzas, a mí que ya no era más que un soplo, ni siquiera un espíritu. Por ello seréis honrada. Gracias."

sus sompaᑕeros, sin embargo, se sentían decepcionados; No solo Siddharta había prodigado cuidados a su cuerpo, se había bañado, ¡sino que también comía y hablaba con una mujer! Estaban desconcertados y hasta furiosos.

"Siddharta no es el hombre santo que imaginábamos. ¡Dejémosle inmediatamente! "

Se fueron para no ser molestados durante sus ejercicios; para ellos, a Siddharta ya no le interesaba la verdad.

Pero se equivocaban. Reanimado por su comida, reconfortado por la amabilidad de esa mujer, volvió a tomar la meditación. Se sentía dispuesto a descubrir lo que buscaba desde hacía tanto tiempo. Se levantó y atravesó el ir para ir a sentarse bajo un árbol, la mítica higuera de las pagodas, la que la historia conoce como el Árbol de la Iluminación.

Capítulo 18

He tirado esa cosa miserable
A la que llaman "yo"
Y me he convertido
En el vasto Universo

Musô Soseki

El momento tan esperado había llegado. Anduvo tranquilamente hacia ese árbol. cuanto más se acercaba, más sereno era el aire. Cuando Siddharta se preparaba para recibir la Iluminación, el mundo esperaba que le desvelaran el camino.

Un hombre pasó cerca de él, llevaba hierba que acababa de cortar para sus animales. Se llamaba Auspicioso. Siddharta le pidió un poco para hacerse un asiento cómodo y perfumado. el campesino le contestó sencillamente:

"Cógete tanto como quieras. No lo quiero todo para mí."

La amontonó y se sentó en ese trono natural. Las ramas de la higuera se plegaron por sí solas para aportarle un poco de sombra protectora.

Se cruzó de piernas en la posición del loto, dejó su mano derecha descansar en la izquierda, con la palma hacia arriba y tomó la decisión de meditar hasta encontrarse. su cuerpo estaba bien derecho, su espíritu correcto, su pensamiento fijo en lo que se hallaba ante él. Anochecía.

Era el día de luna llena del cuarto mes, cerca del pueblo de Uruvilvâ.

La naturaleza se regocijaba. Los vientos se suavizaban, los pájaros gorjeaban, los tigres habían dejado de cazar. ¿Toda la naturaleza? Casi. Porque había un espíritu malvado que él no era en absoluto feliz; le gustaba la guerra, el sufrimiento. Si Siddharta hallaba lo que buscaba, él perdería su poder. Esta fuerza maléfica se llamaba Mâra. Les daba a los hombres ganas de matar, de poseer a toda costa, de envidiar. Sembraba el veneno de la discordia en el corazón de los hombres.

Cuando Mâra vio a Siddharta a punto de lograrlo, experimentó una profunda ira. Pidió ayuda a sus hijos, provocando un gran terremoto:

"Si Siddharta halla la manera de vencer al sufrimiento, nuestro poder será aniquilado. Hay que perturbar su meditación. Hay que impedir que su espíritu halle la paz. ¡Perturbadlo!"

Mâra y sus ayudantes provocaron una tormenta y condujeron al rayo hasta Siddharta.

el viento se desató para que no pudieran permanecer sentados. Olores pútridos lo rodearon.

A su alrededor la naturaleza estaba arrasada.

Pero nada consiguió perturbar a Siddharta. El seguía meditando.

entonces los demonios intentaron perturbar su espíritu y herir su cuerpo. Chillaron, le enviaron flechas envenenadas. Todo ello en vano: sus oídos permanecieron sordos a los chillidos y las flechas se rompían antes de alcanzarlo.

Pero nada le perturbaba. El seguía meditando.

Mâra no aceptó darse por vencido. Despidió a sus hijos e hijas. Fue hacia Siddharta y se burló de él:

" Así que ¿os tomáis por un santo? Allí donde tantos han fracasado, ¿pensáis triunfar? ¿Qué habéis hecho para merecer ese triunfo? Os habéis repantingado en el lujo y la pereza durante toda vuestra juventud, os habéis convertido en un mendigo mugriento y

repugnante durante seis años. Y creéis que, ¡hala!, porque así lo queréis, ¿vais a alcanzar la sabiduría? Pero ¡para ser sabio, hay que merecerlo! "

El desprecio y la burla no tuvieron ningún efecto en Siddharta. Siguió meditando tranquilamente, en paz. Solamente extendió la mano y tocó la tierra. Era su testigo: había actuado sinceramente, había amado, había sido generoso.

Mâra intentó una última táctica: halagó a Siddharta para que ese hombre no le hiciera perder el poder sobre los otros hombres:

"Has ganado. Puedes entrar en el Nirvana y convertirte en un dios. Deja este mundo y ve al reino de los sabios iluminados."

La tentación fue grande. Pero Siddharta no olvidó que debía encontrar la luz para guiar a los hombres. Siguió con su meditación.

Mâra supo que había vencido. Se fue en medio de una gran nube de humo negro. Tres de sus hijas pidieron perdón a Siddharta por haber intentado desviarlo de su meditación. La tormenta cesó, las nubes se disiparon. En el cielo, no quedaba más que la luna llena que brillaba con todos sus rayos. La hierba y las flores se cubrieron de escarcha, permitiendo así a sus aromas perfumar la atmósfera.

Había llegado el momento.

Capítulo 19

Todos los seres no son
Más que gotas de agua
Del océano original.

Kuoan Shiyuan

Siddharta prosiguió su meditación. Tenía el espíritu tranquilo y el cuerpo en reposo. Avanzó gracias al recogimiento hasta el corazón de cada cosa. Vio lo grande y vio lo pequeño.

contempló las estrellas, y los planetas y los meteoros. Navegó de uno a otro, y comprendió que todas esas cosas no eran más que granos de polvo, unidos unos a otros. el cielo estaba en perpetuo movimiento, sus objetos crecían, decrecían y luego volvían a crecer de nuevo. Nada era independiente, nada vivía desvinculado de las otras cosas. Un acontecimiento era debido a una causa y conllevaba un efecto.

Hasta su vida era un efecto. El, Príncipe Siddharta, era el efecto de otras vidas que había vivido antes. Sus vidas, las había olvidado, pero habitaban en él. Habían sido innumerables. Eran la causa de lo que él era hoy. Había nacido para ese instante en el que comprendería lo que era, el portador de un mensaje destinado a los hombres. Los hombres mueren, después nacen, después mueren. Es un movimiento perpetuo, sin principio, ni fin. La muerte no era nada. A la hora de la muerte, el deseo de vivir de un ser se pone en busca de un nuevo cuerpo. Cuando un hombre muere, otro nace. La vida y la muerte son una rueda que gira sin cesar. No deja jamás de girar. Todo nace, todo crece, todo se transforma, todo se marchita, todo muere, todo desaparece: todo es impermanente.

Caminando por otras vidas, vio que no había dejado de hacerse daño. Había sido padre, hijo, amante, marido. Había sido el amigo y el enemigo. Su papel nunca había sido único. Había sido pobre y rico, había sido bueno o malo. Había tenido que encarnar todos eso papeles, porque había olvidado sus vidas anteriores. Había llevado miles de máscaras. había transmigrado sin fin de una vida a otra. Había sido sucesivamente hombre, dios, animal.

Pero siempre como los otros hombres, había buscado el placer. Y jamás lo había alcanzado. El sufrimiento del hombre estaba allí. La búsqueda perpetua de deseos acarreaba el dolor de no alcanzarlos. Cuando un deseo es concedido, es inmediatamente sustituido por otro. La vida no es sino una sucesión de frustraciones. Es una rueda en perpetuo movimiento, como la vida y la muerte. siempre había vuelto a la tierra hambriento y condenado por sus ganas anteriores. Sus vidas pasadas lo condenaban a renacer bajo otra forma.

La rueda del placer puede ser mortal; crea sufrimiento para el que desea. Pero incita también a los hombres a matar, robar o mentir para obtener lo que desean. Su corazón ya no siente amor hacia los otros hombres. Odian, envidian. Ya no están en paz consigo mismo ni con los demás.

Entonces vio cómo poner fin a todo el sufrimiento. Había que romper la rueda del deseo. Si ya no buscaba el placer, ya no sufriría más. Tenía que despegarse de los deseos humanos. Si ya no anhelaba, no sufriría más y no haría sufrir más a los demás. El egoísmo sería derrotado. el odio sería abatido. Se amaría a sí mismo y amaría a los otros.

No tenía ninguna duda de ello. Era la solución. el universo se le aparecía a plena luz. Incluso él estaba envuelto por una aureola de luz. Se había despertado. Estaba despierto. Era el Despierto. Era el Buda.

Había visto y ya no podía ver. Salió suavemente de su meditación. Una sonrisa tranquila flotaba en sus labios. Amaneció. La luz llenaba el mundo. La noche había sido fecunda.

Capítulo 20

Ojalá pueda ser yo el protector de aquellos que no tienen quien los proteja,
Un guía para todos los viajeros que andan el camino,
Ojalá pueda ser un puente, una balsa y una barca
Para todos los que desean cruzar.

Shantideva

El Buda se sentía feliz. Había visto, sabía. Pero otros hombres sufrían. Tenía que transmitir lo que había comprendido. No le bastaba con estar sereno. Todos los hombres podían estarlo también. Ellos ignoraban cómo. Pero la naturaleza, ella, sabia. Nunca la luz había sido tan suave, nunca las flores habían sido tan bellas. Las yerbas desprendían una sutil fragancia que se perdía en la atmosfera. Los animales mismos habían renunciado por un momento a cazarse los unos y los otros.

Durante siete días, el Buda se quedó cerca del Árbol. Esta tranquilo. El sufrimiento ya no le estropeaba la vida. Saboreaba cada instante. Transmitirles a otros hombres, ¿acaso no era correr el riesgo de volver a sufrir? Solo, era feliz. Pensó en no irse nunca de aquel maravilloso lugar.

Los espíritus de las plantas no podía aceptar que el Buda se quedara allí. Tenían que devolverlo al mundo. Dos comerciantes ambulantes iban pasando, no muy lejos del valle. Se llamaban Trapusa y Bhallika. En una vida anterior, esos dos hermanos habían sido amigos del espíritu del Árbol de la Iluminación. Este les habló:

« Hay un Despierto sentado en el valle, aquí cerca. Lleva siete días sin comer. Tendríais que llevarle miel y harina de grano tostado. »

Felices, hicieron lo que les pedía el Espíritu de inmediato. El ver al Buda, su corazón rebosaba de alegría. Le regalaron la comida con gran respeto. El Buda dudó un momento en cogerla, ya que no tenía nada para guardarla. Los espíritus velaban y le regalaron en seguida un cuenco. Entonces, aceptó la ofrenda, la primera que recibía desde que era el Bienaventurado.

Se comió tranquilamente la miel y la harina de grano tostado. Y volvió a la concentración durante siete días.

Entonces, una voz retumbó en él:

“¡No nos dejéis! ¡No nos dejéis sufrir! ¡Somos tantos los que antes de que hayáis nacida ya rezábamos para que nos enseñaras!”

Él pensaba como respuesta :

“¿Quién podría seguir esa enseñanza? ¿Quién tendría suficiente paciencia para aguantar durante semanas, meses, años? ¿Quién confiará durante tanto tiempo para escuchar? ¿Quién sabrá escuchar a su corazón?”

Pero la voz insistía. Volvía al mismo cuento :

“Habéis visto el movimiento de las estrellas. Habéis visto la rueda de la vida. Estaba previsto que vendríais para los hombres. Os estábamos esperando. Le rogamos que nos enseñe. No nos dejéis en la oscuridad. No nos abandonéis en el sufrimiento. Sino, vuestra Iluminación no habrá servido para nada. Cuando nacisteis, se decía que seríais príncipe de un reino o de los hombres. No podéis ser únicamente vuestro propio príncipe.”

El dios Brahma mismo intervino:

“Hay hombres cuyas lacras son de pequeña importancia. Eso pueden ser instruidos. Otros solo son granos, que aún no pueden germinar. Pero otros, ya han germinado y no demandan nada más que abrirse.”

El Buda se acordó. Se había ido de su palacio porque sufría por los demás. Temía la muerte de su padre, la vejez de su esposa, la enfermedad de su hijo. No se había ido para huir, sino para encontrar.

Le contestó a la voz interior:

“Enseñaré. Enseñaré todo lo que pueda, con paciencia. Pero el Buda no puede con todo. Los que están llenos de odio y de errores no pueden entrar en la Vía. Solo puedo ayudarles a los que quieren ser ayudados. Seré como un médico para los que quieran que su alma cure. Pero los que quieran seguir enfermos, no puedo hacer nada por ellos. Puedo enseñar el camino, pero no cavarlo en su lugar.”

Pero, ¿Cómo saber quién aspiraba a ser instruido?

El Bhagavant (« el Bienaventurado ») se quedó junto a su árbol siete días más. Le volvieron entonces a la memoria sus maestros Arada y Udraka. Pero se enteró de que habían muerto. También pensó en sus cinco compañeros, que se entrenaban junto a él para vencer el sufrimiento. Ellos querían saber. Ya que él había encontrado la Vía, bien podía enseñársela.

Entonces, el Bienaventurado se fue del valle que tanto amaba. Tomó el camino al Parque de las Gamuzas, seguro de que encontraría allí a buscadores de la verdad.

El Despierto
-
La Vía

Capítulo 21

Deseando devolverles la vida a unos ciegos,
El Buda ha dejado generosamente
Escapar unas palabras de su boca dorada

Daiô Kokushi

El camino hasta Varânasî era largo. Fue aun mas largo. La luz que emanaba del Buda atraía a los hombres. Cuando cruzaba un pueblo, muchos le seguían. Consolaba los corazones doloridos. Sabia encontrar las palabras que sosegaban las penas. El Príncipe había sido apuesto, el Bienaventurado era luminoso. Todos lo sentían, los jóvenes, los viejos, los ricos, los pobres. Venían de todas las castas, sin distinción. Era un faro para los que ansiaban paz. Irradiaba el amor que sentía por todos los hombres.

Tras días y días andando, llegó al Parque de las Gamuzas. Viendo que se iba acercando, los cinco hombres se enfadaron. Siddharta los había decepcionado de veras. Pero cuanto más se acercaba, más sentían que ya no era el mismo.

Instintivamente, se fueron levantando uno tras otro en cuanto estuvo cerca. Lo trataron como un sabio: le trajeron un sillón de espuma, tomaron su abrigo, le trajeron con respeto para beber. Le dieron agua para que se pudiera lavar los pies. Estaban cubiertos de polvo tras una ruta tan larga. Les costo unos minutos atreverse a hablar:

"Bienvenido, oh Siddharta, ¡tu visita es todo un honor!"

Les dio las gracias y dijo:

"Yo ya no soy Siddharta. Soy otro. Soy el Despierto. Mi nombre es Buda."

Los monjes estaban maravillados.

"¡Enseñadnos!"

Deseaban saber lo que llevaban buscando tanto tiempo.

Así fue como el Bhagavant empezó a transmitir. La historia le ha dado a esta primera lección el nombre de "La Sacudida de la Rueda del Dharma".

"Las verdades santas son cuatro. La primera verdad noble es la Verdad del dolor. El sufrimiento forma parte de la vida: desde que nacen hasta que mueren, los hombres buscan el placer y encuentran el sufrimiento. Hasta cuando conocen un placer, se aburren rápidamente y llegan al sufrimiento. La segunda verdad noble es la Verdad de la causa del dolor. Buscando absolutamente el placer, causamos dolor. Somos la causa de nuestro sufrimiento. La tercera noble verdad es la del Fin del dolor. Si dejamos de buscar el placer, el sufrimiento muere con su causa. Sin el deseo del placer, alcanzamos la paz. La cuarta noble verdad es la de las Vías. Si dejamos de hacer el mal, si nuestro espíritu busca la paz, entonces somos felices."

La felicidad iluminó el corazón de los monjes. La luz que emanaba del Bienaventurado les tocó. Estaban felices como nunca lo habían estado. Fueron los primeros monjes budistas.

Aquel día, les enseñó la Vía del medio, la Vía Santa de las ocho correcciones: la opinión correcta, la interpretación correcta, la palabra correcta, la actividad correcta, los medios de existencia correctos, el esfuerzo correcto, la atención correcta, la concentración mental correcta.

Los cinco repetían si cesar:

"Muéstranos la vía, oh Buda. Dinos cual es la Vía."

Los monjes no eran los únicos que se alegraban. Los espíritus de la tierra repetían las palabras del Buda. Se propagaban rápidamente. La naturaleza musitaba sus enseñanzas.

Pasaban por las plantas, los pájaros, el viento. Se había puesto en movimiento la Rueda de la Ley suprema.

" ¡El Buda instruye! ¡Aquí vienen sus palabras!"

Capítulo 22

No os quedéis en el pasado
No penséis en el futuro;
El pasado se ha desvanecido,
El futuro aún no ha advenido.
Contemplad, ahora y aquí, el don del presente.

(*Sûtra*)

El Bhagavan sabia encontrar las palabras. A los niños, les contaba historias. A los letrados, les daba explicaciones. Para otros, bastaba con que se acercara para que la luz les atravesara.

Y sobre todo, vivía lo que enseñaba. Su ejemplo era la escuela más bella que había. Sembraba a su alrededor amor y paz. Era todo amor y paz.

Sus discípulos fueron rápidamente numerosos. Los que tenían un problema le hacían preguntas. Era el Despierto. Los que sufrían le pedían consuelo. Era el Bienaventurado. Era como un dios que tenía todas las respuestas. Algunos creyeron que podía hacerlo todo. El simple hecho de verlo tranquilizaba.

Una mujer que había perdido a su hijo vino a verlo. No se podía hallar forma de consolarla. No aceptaba la muerte de su hijo. Dejó cuidadosamente a su niño sobre las rodillas del Bhagavant, como si no quisiera despertarlo. Le pidió:

“ ¡Vuelva a traerlo a la vida! ¡Devuélveme a mi hijo!”

Frente a semejante sufrimiento, el Buda sintió una inmensa compasión. No había palabras que pudieran consolar a aquella mujer. Estaba sobrellevando la pérdida más difícil. El entendió que sus palabras no bastarían para consolarla.

« Puedo ayudarte, pero para eso, has de traerme un puñado de arroz de una casa donde nadie haya muerto nunca.”

La madre, esperanzada, se fue de inmediato para cumplir con su misión. Fue de casa en casa.

« Un puñado de arroz, dadme un puñado de arroz, ¡por favor! Para que mi hijo viva.”

Todo el mundo estaba dispuesto a darle uno, eso no costaba nada. Todo el mundo sufría con ella. Pero cuando después preguntaba :

« ¿Ha muerto alguien aquí ?

La respuesta siempre era que sí. Algún padre, un hermano, una niña. Todas las familias habían vivido la muerte de algún pariente.

Buscó, buscó, una y otra vez. Las respuestas a aquellas dos preguntas eran siempre las mismas: todo el mundo accedía a darle un puñado de arroz, pero todo el mundo había conocido una muerte. Ninguna casa del pueblo era una casa virgen, donde no hubiera habido nunca algún difunto. Entonces, se fue a pedir a los pueblos de alrededor. Las dos respuestas seguían si cambiar. Una puerta llegó a ser abierta por una niña que acababa de perder a su propia madre y que se había quedado sola.

Cuando volvió a ver al Bienaventurado, el niño aun yacía delicadamente en sus rodillas. No se había movido. Pero ella había cambiado.

“ Mirad, Buda, estaba loca, loca de dolor, loca por pensar que yo era la única que tenía que soportar la muerte. Mi hijo será incinerado esta tarde.”

Entonces, se revolvió por última vez:

“Pero ¿por qué tan joven? ¡No era más que un niño! ¡Poco más que una criaturita!

- Sé feliz y muéstrate orgullosa de tu hijo. Si ha muerto tan joven, es que en su vida anterior fue un hombre bueno. Solo ha cometido un pequeño error. Para repararlo, ha tenido que reencarnarse por muy poco tiempo. Ya tan joven, ha pagado ese error. Su alma ha sido purificada, y ahora está en la Paz de la liberación definitiva."

Ella bajó la cabeza. Había aceptado lo inaceptable. Y, con la mirada llena de luz, contempló al Buda:

"Enséñame, estoy preparada a oír, para poder purificar yo también mi alma.

- Si todos hemos de morir un día u otro, le contestó, podemos vivir en paz y felices. Ven y escúchame."

La joven madre estaba en paz. Había entendido la Ley de la Impermanencia.

Capítulo 23

El que quiere hacerle daño a un sabio
Puede compararse con un hombre que le escupe al cielo
Su saliva no ensucia el azur
Sino que le cae a la cabeza.

(*Sûtra*)

Todo el mundo no aceptaba las enseñanzas de Buda. Cuanto más famoso era, más lo odiaban ciertos hombres. Para ellos, era un mentiroso y un usurpador. No se fiaban de él. Uno de sus detractores se atrevió a insultarlo. El Bienaventurado lo miró con dulzura. No le contestó. El hombre enfureció aún más.

“ ¿Estás enfadado, no es cierto?”

El joven se ahogaba. Enfurecía al ver que sus palabras no afectaban al Bhagavant. Se fue al campo. Mientras iba andando, sus pasos fueron cada vez más lentos. Empezó a arrepentirse de haberse dejado llevar de ese modo y de haber insultado al sabio. Volvió al día siguiente para pedirle perdón.

Al verlo llegar, Ânanda, primo y discípulo del Buda, intento interponerse.

“Déjalo pasar”, le rogó el Bienaventurado.

El joven se puso de rodillas y le pidió perdón. Estaba llorando. El Bhagavant le puso delicadamente la mano en la cabeza. El joven estaba perdido, le preguntó:

“ ¿Te he hecho daño? ¿Cómo puedes no enfadarte?

El Bienaventurado le contestó:

“Si le haces un regalo a alguien, y esta persona no lo quiere, ¿de quién es el regalo?

- ¡Mio, por supuesto! ¡Mio!

El Buda sonrió:

« Como tu ira. Querías que me afectara, pero tú eres a quien ha afectado. Tu ira te pertenece. Queriendo herirme, te has herido a ti mismo. Nadie ha querido recibir la violencia que se desprendía de ti. No me has hecho daño. Reconocer sus propios errores es la señal de una gran alma.»

El joven estaba aturdido, ya no sabía ni qué decir.

“Si te deshaces de tu ira, ya no sufrirás. Quieres hacer de los otros unos desgraciados cuando en realidad el único desgraciado eres tú. Verás que, si amas a los demás, los demás te amarán, y te amarás a ti mismo. Tus actos son un espejo en el que te miras.

El joven bajo la cabeza. Se quedó callado durante unos minutos y murmuró:

“ Enséñame, oh Buda, enséñame a ser amable y a amarme a mí mismo.

- Enseñaré a todos los que quieran aprender. Ven, sígueme.”

Capítulo 24

Al igual que una gran roca
No es movida por el viento,
El sabio es indiferente
Frente a la crítica como a los halagos.

(*Sûtra*)

Los que le seguían eran cada vez más numerosos. La muchedumbre se apresuraba para poder oír a Buda, para verlo, tocarlo. Se extasiaba:

"Es el más grande. Ningún sabio lo ha superado nunca, ni ahora. Es el maestro de los maestros."

Aquellas palabras tampoco alegraban a Buda. Ellos pensaban hacerle un alago, pero no fue así. Uno de los mayores venenos del alma es el orgullo. El Nirvana, que es el estado de extinción de todos los placeres, no lo pueden alcanzar más que los que ya se han liberado. Un día, tomó la palabra:

"¿Quién conoce todas las enseñanzas de todos los maestros, de hoy como de mañana?

Nadie contestó.

"Veamos, ¿cómo podéis entonces afirmar que yo soy el más grande? Para poder afirmarlo, tendríais que conocer todo lo que se puede conocer.

- ¡Pero vuestras enseñanzas nos aportan tanto! decían todos en coro.
- Entonces vivid estas enseñanzas. No basta con oírlas y amarlas, se han de poner en práctica. Eso es lo que más importa."

No podían estar más indecisos los discípulos.

«Mis enseñanzas no son enseñanzas para el espíritu. Son enseñanzas de la vida. Si de verdad amáis mis palabras, habéis de darles vida con vuestros actos. Habéis de probar lo que os digo. Unas palabras pueden ser bellas, pero si no corresponden a acciones concretas, son feas.

Lo que digo no es importante porque yo lo diga. Vivid lo que digo, probadlo, ponedlo en práctica. Si mis palabras son encarnadas en acciones, será la recompensa que recibirán mis enseñanzas. No os aferréis a lo mental, desataos de las palabras y de los conceptos.

Decid "amaos", eso está bien, pero mostrar a los demás que los amamos, eso está mejor."

Muchos intentaban poner en práctica lo que decía el Bienaventurado. Difundían amor y compasión. Y a cambio, eran felices. El amor es como una semilla que se va propagando con el viento. Se siembra en un corazón y florece en muchos más. Ese amor era respetuoso y compartido. Los discípulos de Buda aprendían a amarse a ellos mismos y a los demás.

Capítulo 25

Como flores de colores
Que no tienen perfume
Así son las palabras bellas,
De los que no las ponen en práctica:
No dan ningún fruto

(*Sûtra*)

Sin embargo, cierto amor no se propagaba: el amor hacia todos los seres, no solo hacia los hombres. Estos aprendían a amar a los demás hombres, pero no entendían que el mundo era una unidad. Todos los seres estaban vinculados los unos a los otros. Cada hombre, cada animal pertenecía al mosaico de la vida. El mundo entero es un libro para quién sabe leer más allá de las apariencias.

Al contrario, los hombres pensaban que harían felices a los dioses matando animales. Sacrificaban vacas, ovejas, para que los dioses les dieran buenas cosechas o les protegieran de las enfermedades.

El Buda había visto la rueda de la vida. Recordaba la inmensa tristeza que había sentido cuando su primo había herido al cisne. El se había negado a cazarlo, sabiendo que todo joven príncipe debe saber cazar para demostrar lo valiente y los hábil que es.

Había entendido que darle la vida a un animal, era perder el amor por la vida, y acostumbrarse a la violencia. Quería protegerlos.

Por consiguiente, el Bienaventurado intentaba hacerles comprender a sus discípulos, y sobre todo a los que sacrificaban, que no se debía matar, ni a los hombres, ni a los animales.

Muchos lo fueron siguiendo, poco a poco. Muchos renunciaron a matar y a comer animales. Entre los que abandonaros la comida animal, estuvieron la madre y la esposa de Yaçaskara, uno de los primeros discípulos de Buda. Desde que se había ido, estaban tan desesperadas que hasta habían pensado suicidarse. Solamente la venida del Bienaventurado les había impedido hacer tal cosa.

Les ensenaba la Vía de la Emancipación: “la Santa Vía de los ocho caminos”. Todo debe ser correcto: la opinión, la intención, la palabra, el cuidado del cuerpo, los medios para vivir, los esfuerzos que se hacen, la atención y la concentración. Aprendían a comportarse moralmente bien, a vivir como un asceta, a ver las cosas claramente. La disciplina era severa, pero no excesiva, ni para el cuerpo, ni para el espíritu. Se entrenaban a la Vía del Medio: ni demasiado ni poco.

A sus cinco primeros compañeros les costó dejar de infligirse torturas y mutilaciones inútiles. A sus discípulos de origen noble les pareció difícil dejar de elegir sus ropas o sus alimentos, conformarse con cabañuelas. Los monjes que habían sido artesanos encontraron dificultades a la hora de tener que dejar de trabajar y depender de la generosidad.

Iban progresando espiritualmente, paso a paso, gracias a la ayuda y al ejemplo del Buda.

Capítulo 26

En verdad, solo el que puede contener su ira
Como se retiene un carro embalado,
Puede ser llamado el cochero.
Los otros no son más que impostores
Que no hacen más que hacer ver que llevan las riendas

(*Sûtra*)

El Bhagavant miraba la vida girar. Se había ido lejos de donde era. Volvía allí paso a paso. No había olvidado sus promesas. Si encontraba la manera de ponerles un fin a todos los sufrimientos, volvería hacia los que había dejado para guiarlos.

El más cercano era el rey. Tomó el camino hacia Rajagrha. Se estableció sobre una colina cerca de la capital, en el Bosque de los Palos. La naturaleza era su hogar, los bambúes su refugio. El rey vino a escucharlo a menudo. Sus vasallos también, primero para imitar al rey, y luego por su propia cuenta. El número de discípulos creció tanto que ya siquiera se podían contar.

Para que el Buda pudiera enseñarles a todos fácilmente, Bimbisâra le ofreció tierras. Otros nobles hicieron lo mismo. Así, cada uno podía escuchar al Bienaventurado en amplios jardines umbrosos. El parque preferido del Buda era el Jetavana, "el Bosque del Príncipe Jeta".

El rey lo dijo públicamente: sus deseos se habían cumplido.

"Cuando mi padre el rey murió, pude subir al trono. Un Buda ha nacido en esta tierra y he podido conocerlo. En cuanto lo he visto, mis pensamientos se han llenado de alegría. He podido oírlo pregonar y he alcanzado la fe y he comprendido la doctrina. Ya no deseo más que una cosa: que entres en mi capital: Rajagrha.»

EL Buda aceptó en silencio. El rey oyó la respuesta en su corazón. Se alegró por él y por su pueblo.

¿Puede decirse que todos se alegraban por aquella situación? Casi, pero no todos. Devadatta, el propio primo del Buda, estaba celoso. La rabia que sentía por él era aún mayor que la que sentía cuando eran niños. ¿Cómo puede ser? ¡Le había robado la mujer que deseaba! ¡Había renunciado al trono y él siempre le había servido al rey! ¡Y todo el mundo se prosternaba ante él! Aquello era insoportable. No bastaba con maldecirlo, había que matarlo. Para que ya nadie estuviera influenciado por aquel hombre que prometía felicidad y que luego se iba.

Pero matar a un hombre tan querido y admirado no era fácil. Necesitaba cómplices. Pensaba que el hijo de Bimbisâra estaría tan enfadado como él. Su padre ya no hablaba de nadie más que del Buda, como si ya no tuviera hijo. Parecía olvidar que su hijo algún día aseguraría la sucesión. Y ¿acaso no temía que su reino se debilitara? El rey no dejaba de darle tierras a Buda. Ya no hablaba más que de amor, olvidando proteger sus fronteras de los enemigos.

Devadatta halló allí un oído atento. El hijo del rey envidiaba a aquel hombre que le iba robando su padre, su rey y su porvenir. Pensaron durante tiempo, ayudados por los nobles del país de Magadha. Estos estaban preocupados por el pacifismo asumido del rey: si el país era atacado, ¿Cómo iban a defenderse? Sin embargo, muchos habitantes lo veneraban. Si la gente pensaba que había sido un accidente, no correrían ningún riesgo. Habría que hacer que pasase como si fuera un accidente.

Entonces, un día en que Buda estaba meditando cerca del Pico de los Buitres, hicieron que le cayera una enorme roca encima. Pero… la roca se partió por la mitad justo encima de la cabeza del Buda.

Otra vez, hicieron que un elefante bebiera hasta la ebriedad. Cuando el Bienaventurado cruzó la calle, liberaron al animal. Este fue a pisotearlo cuando de repente, tocado por la gracia, se puso de rodillas. Todo el mundo había huido gritando, menos Buda. El elefante había sentido el inmenso amor que se desprendía del Bhagavant.

Cuando sus discípulos volvieron a su lado, vergonzosos, les dijo:

«El amor lo vence todo. No temáis. »

Desde aquel día, el elefante fue un fiel compañero.

Capítulo 27

El que se ha convencido solo,
Es aún más grande
Que el vencedor de millares de hombres

(*Sûtra*)

Le quedaba una última etapa al Buda para llegar al ende de su vida terrestre. Ahora, debía volver al lado de su padre, de su esposa y de su hijo, al reino que lo había visto nacer.

Les anunció a sus discípulos:

“Es hora de que vuelva al mundo de mi padre”.

Y tomó el camino, seguido por una gran muchedumbre.

La noticia se propagó aún más rápidamente que sus pasos. Los habitantes de Kapilavasto gritaban con alegría:

“¡Nuestro príncipe se ha vuelto un gran hombre! ¡Es célebre!”

Todos acudían a él.

El rey Shuddhodana no pudo esperar a que su hijo llegara a las puertas de la ciudad. Mandó a un recadero para que fuera a buscar a su hijo, ese hombre ilustre cuyo nombre era sabido por todos.

El mensajero llegó hasta el bosquecillo en el que acampaban Buda y sus discípulos. Casi se cae de su caballo. ¿Un gran hombre? Aquel hombre flaco, a penas vestido, que llevaba un cuenco de madera e iba pidiendo comida. Todos los que lo seguían se parecían a él. El heraldo había hecho el trayecto de ida al galope. Para la vuelta, tenía menos prisa. ¿Cómo iba a anunciarle al rey que su hijo célebre era un mendigo?

Cuando Shuddhodana se enteró, entró en gran cólera. Era una vergüenza para toda la familia. Aquello debía cesar inmediatamente. Sin tardar, se fue él mismo al campamento. Su cólera desapareció en cuanto vio al Buda. Estaba aureolado por una intensa luz, respiraba paz y alegría. Después de haber besado a su hijo, le preguntó tímidamente:

“ ¿Acaso es cierto que vas pidiendo comida cual un mendigo?

- Si, le contestó con serenidad el Bienaventurado.”

La tranquilidad de aquella respuesta reanimó el furor del rey:

“¿Pero acaso no tienes vergüenza? Y nuestra reputación ¿has pensado en ella? Has elegido vivir tu vida, y eso ya era bastante doloroso para el reino. ¡Pero exponerte con orgullo como un mendigo! ¡Un menos que nada! ¡Me insultas a mí, insultas a mi hijo, insultas a nuestro pueblo! ¡Insultas a nuestros antepasados!

- Vuestros ancestros eran reyes, los míos eran sabios. El sabio no vive entre riquezas, se contenta con poco. Es feliz sabiendo que les permite a los otros ser generosos. Empuja la gente a pensar en los demás a pensar en los demás y a no aferrarse a los bienes terrestres.”

El rey volvió a su palacio. Estaba pensativo. Volvió varias veces a ver al Afortunado. Poco a poco, le fue haciendo preguntas. Acabó por pedirle que le enseñara lo que sabía.

Poco a poco, dejó de estar de luto por su hijo, que ya no era un príncipe terrestre sino el Bhagavant al que admiraba.

“Asita lo había predicho cuando naciste: te has convertido en un maestro. Eres más grande que yo. Acepta que me incline ante ti.”

Les agregó a sus palabras el gesto.

El Afortunado lo cogió por los hombros e hizo que se levantara:

“Inclinarte de este modo hace que te eleves. Guarda tu trono, yo guardaré el mío.”

Entonces, Yashodharâ se atrevió a venir, seguido por su hijo, y su tía. Se inclinaron todos, convirtiéndose en sus discípulos.

La familia transfigurada era más feliz que nunca. Fue por eso por lo que uno de los motes del Buda es Cakyanuni, “el sabio de los Cakya”, es decir de su tribu.

Capítulo 28

Si el odio le contesta al odio,
¿Cómo puede apagarse?
Solo la compasión puede disolverla

(*Sûtra*)

Buda no se quedó en Kapilavastu. Su deber era instruir a la gente que deseaba ser instruida. Anduvo de provincia en provincia. Su doctrina se propagó a lo largo del Ganges, el río sagrado.

Llegó el día en que su primo, el que tanto daño le había hecho, enfermó. El Bhagavant fue a velar por él. Muchos no comprendieron aquel gesto.

"¡Os odia! Lo ha hecho durante toda su vida. Hasta quiso mataros."

El Afortunado sonrió, tranquilamente.

« El amor no muere.

- Maestro, explicadnos, le rogaron sus discípulos. No podéis querer a un hombre que quiere heriros.
- Pensáis que un sabio ama a algunos hombres y odia a los otros. Escuchad lo que os digo: hay que amar a todos los hombres. Todos deseamos lo mismo: ser felices, no enfermar, no sufrir. Un hombre es el espejo de todos los demás. Si lo que digo es cierto, si es cierto que no siento ningún tipo de odio por Devadatta, espero que se cure inmediatamente."

Devadatta se enderezó y sonrió, lo cual sorprendió a todo el mundo. Llevaba consciente varios días. Ningún médico había conseguido curarlo.

No solo recuperó la salud rápidamente, sino que la paz también vino a conquistar su corazón. El Buda no solo había curado su cuerpo.

Capítulo 29

Un maestro y su discípulo
Son como un padre y su hijo.
El hijo debe alcanzar al padre,
No quedarse atrás,
Y si el padre y el hijo valen lo mismo
Ocupan el mismo lugar

P. Fauliot

Buda fue pregonando por toda la India hasta ser muy mayor. Un día, les anunció a sus discípulos que ya había venido para él, el momento de retirarse de este mundo. Su vida había llegado a su ende. Les había ensenado los diez actos puros pero imperfectos que les permitirían llegar a ser hombres: no matar, no robar, no caer en la lujuria, no mentir, no hablar de manera frívola, no calumniar, no injuriar, no codiciar, no herir a nadie, y no tener opiniones falsas.

Un sueño le enseñó donde debía ir para vivir sus últimos instantes. La Rueda de la Vida iba a dejar de girar no muy lejos de donde había nacido: en Kapilavastu.

Les había enseñado a los hombres a vivir, y ahora debía enseñarles a morir.

Sus discípulos intentaban detenerle:

«Os necesitamos tanto, Amo, no hemos acabado de aprender. Sois nuestro modelo. Dadnos un poco más de tiempo. ¿Por qué el Ojo del mundo ha de cerrarse tan pronto?

Pero el Santo sabe cual es el momento conveniente, solo él lo sabe. Fue una ultima vez al Bosque de Bambú. Cuando estuvo en el santuario de los Perfumes, y les dijo:

“Hace cincuenta años que me escucháis y me miráis. Hace cincuenta años que practicáis lo que os enseño. Coged confianza en vosotros. Pensad en concertaros los unos a los otros. Confiad en la Comunidad. Yo no estaré lejos de vosotros. Estoy en vuestros corazones.”

Capítulo 30

Cuando nace un pensamiento,
Nace una imagen.
Cuando se desvanece,
Un templo se vuelve tumba.

(*Sûtra*)

Retomaron la marcha dirigiéndose hacia las montañas del Tíbet. Pasaron por Pâtaliputra, Kuti, Nada… Cerca de Kapilavastu, al entrar al pueblo de Kushinagara, el Afortunado dijo:

"Aquí es."

Se pararon todos, un poco atemorizados.

El Buda entró en el jardín que estaba cerca del rio y se tumbeo entre dos árboles. Sus discípulos se sentaron formando un círculo perfecto a su alrededor. Algunos lloraban. Otros habían comprendido y velaban, con el espíritu en paz. Era alrededor del solsticio de invierno, tres meses después de la estación de las lluvias.

Habló una última vez:

«No olvidéis, todo es dolor: el nacer, la vejez, la enfermedad, la muerte, la pena, la separación… Nadie puede huir del dolor, ni siquiera los dioses. El dolor toma sus raíces en el deseo, en esta sed de placer. Esta sed trae los tres orígenes del mal: la codicia, las pasiones y las opiniones falsas. Dejad de desear. Dejad de poseer. No os aferréis a nada. Estaréis en paz y amareis. Vuestra serenidad será imperturbable. Recordad: ninguna de las múltiples cosas que existen dura eternamente."

Se giró hacia la derecha, puso su mano derecha en la cabeza y exhaló un último suspiro. Tenía más de ochenta años. En el momento de su Iluminación, había conocido "la Inamovible Paz de la Extinción de las pasiones y los errores". Allí, había entrado en la paz definitiva de Parinirvâna, la "Extinción completa", la liberación de las existencias y de los dolores. No tuvo que volver a nacer. Se extinguió completamente. Y dejó su Doctrina como herencia.

Capítulo 31

Os habéis tomado la molestia de venir desde lejos
Para buscar una parte de reliquias,
Pero no podréis obtenerlas. […]
Como no parecéis querer dárnosla,
Nuestro ejército de cuatro cuerpos ha llegado
hasta aquí […]
Si pensáis que es imposible
Que la obtengamos,
La cogeremos por fuerza

(*Sûtra*)

La aventura del Buda por la vida terrestre no podía cesar aquí. Un gran seísmo hizo que cuando expiró su ultimo aliento, temblara el mundo entero. Los dioses estaban preocupados, los monjes atemorizados y los hombres perdidos.

Tras siete dias e luto, los discípulos prepararon la hoguera que serviría para los ritos funerarios. Encendieron el fuego… pero el fuego no prendió. Volvieron a intentarlo. Pero nada. No sabían que hacer.

El más cariñoso de los discípulos del Bhagavant, su primo Ananda, llegó siete días después. Estaba difundiendo su palabra lejos de Kushinagara cuando murió el Buda. Ese tiempo les había permitido a varias personas traer flores y perfumes para rendirle homenaje al Despierto. Las ofrendas cubrían el suelo; ni siquiera se podía ver su color. Se oía música por todo, como recuerdo. Después de haber recubierto el cuerpo con aceite de sésamo, Ananda se puso de rodillas cerca de la pira, cogió una ramilla con su mano derecha y… la hoguera prendió sola.

La luz de las llamas llegó hasta el cielo. Todos los que la vieron pudieron inclinarse. Todos los hombres se habían vestido de blanco, los monjes habían guardado su prenda larga de tela ocre, siguiendo las órdenes del Bienaventurado. Poco a poco, las llamas fueron muriendo y no quedó más que un montoncito de cenizas.

La herencia espiritual del Buda pareció perderse inmediatamente. Todos los reinos reclamaron sus restos.

«¡Me pertenece!" proclamaban.

Estaban dispuestos a pelearse, a entrar en guerra por un puñado de cenizas frías. Todos querían las reliquias.

El brahmán Dhumragotra habló, al fin. Murmuraba, pero todos podían oírle:

"El Buda nos ha ensenada a querernos, a desprendernos de las cosas y a compartir. Dividamos las cenizas en tantas partes como reinos hay. Cada uno tendrá su parte. Cada uno construirá un monumento para honorarlo. Que todos recuerden sus palabras y las ponga en práctica."

Los reyes bajaron la cabeza, todos asintieron:

"divide para nosotros las reliquias corporales del Buda, haz ocho partes iguales."

Y Dhumragotra separó las reliquias en ocho partes iguales.

Cada uno se fue con su parte de cenizas. Cada uno erigió un memorial. Se construyeron ocho, más uno para el canino de la mandíbula superior y otro en lugar de la hoguera. En memoria, un undécimo fue elevado allí donde Siddharta se había cortado el cabello y había renunciado al mundo. Los habitantes de los reinos de Kushinagara, de Pâvâ, de Calakalpa, de Râmagrâma, de Visnudvîpa, de Kapilavastu, de Vaiçâlî y de Magadha pudieron venir a rezar cuando tenían dudas sobre lo que debían hacer.

Su enseñanza siguió propagándose.

El Buda sigue vivo en toda persona que siga su enseñanza.

Todos los seres vivos
Son de la misma naturaleza que Buda.
Volved a convertiros en budas
Y dejad que florezca en vuestro corazón
El loto de la compasión infinita.[1].
Kuoan Shiyuan

"Para ser transmitido"